

Agresión y Carácter

Reportaje a

ERICH FROMM



por

ADALBERT REIF

arte **NOVA**

Suplemento de Ciencias
Humanas. Junio-Julio 1979

ERICH FROMM, uno de los más importantes psicoanalistas del presente, señor filósofo social de nuestro tiempo, nació en Frankfurt am Main en el año 1900. Tras sus estudios de psicología, filosofía y sociología en Heidelberg y Frankfurt, y de psiquiatría en Munich, se convirtió en psicoanalista practicante en 1926. Formó parte del Instituto para la Investigación Social de la Universidad de Frankfurt, de donde —alrededor de la figura de Max Horkheimer— surgió el grupo de jóvenes intelectuales que integraron, entre otros, T. Adorno, W. Benjamin y H. Marcuse. Después de la toma del poder por el nazismo, este instituto continuó su actividad en la Universidad de Columbia.

De 1932 a 1941 Fromm colaboró en la publicación *Zeitschrift für Sozialforschung*, dirigida por Horkheimer, que contiene los más grandes documentos del espíritu europeo. En 1933 ejerció en el Instituto Psicoanalítico de Chicago, y luego en Columbia. En 1946 fundó el Instituto Alonson White, dio clases en Yale, Nueva York, Bermington College y Michigan. En 1949 aceptó una cátedra en la Universidad Nacional de Méjico, donde llegó a ser ordinarius en psicoanálisis. Desde 1965 se dedica casi exclusivamente a la investigación. Es autor de una cantidad numerosa de títulos, entre los que se destacan *El miedo a la libertad*, *El arte de amar*, *Anatomía de la destructividad humana* y otros.

Además de su actividad científica, fue destacado dirigente pacifista. En los años 50 ingresó a un partido socialista, del que luego se desvinculó.

Con Ernst Bloch, André Gorz, Jürgen Habermas, Agnes Heller, Leszek Kolakowski, Henri Lefebvre, Herbert Marcuse y David Riesman, pertenece al comité internacional de redacción de la revista yugoslava *Praxis*.

ADALBERT REIF, autor del reportaje transcripto, ha desplegado una intensa actividad periodística en publicaciones alemanas y extranjeras, entrevistando a figuras intelectuales de la talla de Georg Lukács, Hannah Arendt, Roland Barthes, Claude Lévi-Strauss, Ota Sik y Werner Heisenberg.

Esta entrevista fue publicada originalmente en 1975 en *Arche Nova*, Editorial del Arca, Copyright © por Peter Schifferli, Verlags A G Die Arche, Zurich. La traducción está realizada directamente del alemán, por JORGE MONTGOMERY.



Prof. Fromm; en el curso de los últimos años han sido publicados miles de artículos y libros que tratan el problema de la agresión humana en sus diversos aspectos, frecuente y lamentablemente de modo seudocientífico. La aparición de su nuevo y extenso libro *Anatomía de la destructividad humana* (Stuttgart 1974 - Siglo XX 1977) imprimió una nueva dirección a las discusiones, que, en los últimos tiempos y por lo menos en el ámbito de lengua alemana, fueron determinadas por Konrad Lorenz y sus discípulos. Ellos y otros demuestran por qué la destructividad humana no es un "instinto innato", sino que se trata de una deformación adquirida del carácter: no un fenómeno natural, sino cultural.

Visto a grandes rasgos, el problema principal radica en que la palabra "agresión" es usada de un modo confuso e indiscriminado. Por agresión se comprenden cosas que no tienen nada que ver entre sí. Se denomina agresión el avance (*Vorgehen*) activo y ofensivo de un ser humano, en el sentido originario de "agresión" derivado de la palabra latina "agredi" es decir, dar un paso adelante. Se dice agresión cuando alguien se defiende ante la amenaza de ser muerto, con un acto de violencia [por ejemplo cuando dispara sobre el atacante para salvar su vida]. Se habla de agresión cuando alguien siente placer en torturar y controlar a otro, cuando alguien experimenta placer en destruir seres humanos y objetos. Muchos analistas hablan incluso de agresión cuando el campesino ara la tierra, pues en el acto de arar se la "lastima", se la "ataca", por así decirlo. Pero resulta muy claro que, cuando no se enfoca aisladamente el modo de actuar, el ser humano que se defiende para no ser asesinado y el hombre que asesina o destruye por placer no tienen nada que ver entre sí, excepto la palabra "agresión". Primero hay que separar los conceptos; lo cual sólo es posible cuando la acción misma no es enfocada como algo aislado, sino cuando se la relaciona con el ser humano actuante.

Quizás se pueda aclarar esto con un pequeño ejemplo. Supongamos que dos padres golpean a sus hijos: uno de ellos es un padre amistoso, preocupado y cariñoso; el otro un sádico. El sádico racionaliza su conducta, si es "moralista", pretextando que los golpes son buenos para el niño; pero en realidad se ve impulsado y motivado por sus impulsos sádicos. La propia acción es diferente según la motivación, cosa que puede apreciarse en la reacción del niño golpeado. Para el hijo del padre cariñoso, constructivo y que se preocupa, la paliza no tiene gran efecto. No representa lo que a veces en psicoanálisis se llama un "trauma", que persigue al niño toda su vida, debido a que la relación con el padre quedó destruida por los golpes. No, esta relación está establecida a nivel de la confianza. El niño conoce al padre y sabe, a pesar de la paliza, que nada se modificó en su actitud cariñosa hacia él. Pero en el caso del otro padre, el sádico, si se lo examina con más exactitud, se reconoce el centelleo de sus ojos, la peculiar expresión del rostro, el modo específico en que trata al niño, hasta el timbre de la voz lo delata. El niño se siente humillado por él, violado degradado; y para este niño la paliza representa —si bien no necesariamente un trauma— sí un importante síntoma de una relación continuada, en la cual el padre pretende degradarlo y controlarlo.

¿Qué entiende usted por "agresión maligna" y cuáles son sus causas?

Para poder responder a esta pregunta, debo recordar que la agresión benigna, es decir la defensiva, constituye algo que, en cierto modo, se podría llamar "instintivo". Yo vivo en lo posible esta palabra, como la mayoría de los investigadores en este ámbito, porque tradicionalmente el instinto se considera como un concepto opuesto a las influencias de aprendizaje y del medio circundante. No existen los instintos que no sean también simultá-

neamente influenciados por el entorno y los factores de aprendizaje. No obstante, empleo aquí el concepto "instinto" en un sentido muy general, pues se trata de una expresión popularizada con la que la mayoría de nosotros podemos representarnos algo.

Puede decirse que la agresión defensiva constituye una especie de instinto que se desata ante ciertas sensaciones, estímulos y factores, incluidos en el concepto superior de "amenaza de intereses vitales". En cambio, la agresión maligna no representa una reacción a tal amenaza, es decir, no está preparada, neurofisiológicamente, como un complejo de modos reactivos, que se desatan ante un determinado estímulo, sino que es una cuestión de carácter.

¿Qué es el carácter?

Como es sabido, la palabra "carácter" se emplea también de muy distintas maneras. Si se dice de alguien que tiene carácter, se da a entender algo positivo; con esto se circunscribe el sujeto en cuestión se guía por principios cualesquiera de manera coherente, que su manera de relacionarse se distingue, ante todo, por su estabilidad. Por supuesto, en esta interpretación se mezclan también consideraciones morales, pues nadie designaría a un criminal, que cometiera conscientemente su acto delictivo como un sujeto "de carácter", en el sentido mencionado. De la manera en que la utilizo aquí, la palabra carácter tiene un significado distinto que procede de la psicología, y fue empleado por primera vez especialmente por Freud, aunque se puedan leer en Balzac y Dostoievski descripciones de carácter que superan en riqueza a las del mismo Freud y que, incluso en el plano teórico, poseen idéntico contenido; a saber, muestran el carácter como un sistema de tendencias que se forman en el hombre en cierto momento de su vida. Si bien no es totalmente inmutable, una vez formado cambia muy poco y, finalmente, determina al sujeto en su manera de actuar, sentir y pensar.

El descubrimiento del concepto dinámico de carácter fue un extraordinario logro de Freud. Y lo notable, difícil de explicar en pocas palabras, es que esta noción freudiana de carácter ha encontrado, relativamente, poca atención. Excepto entre sus colegas, tampoco su teoría de la pulsión de muerte y de vida o de amor, se hizo muy popular. Lo que se tomó de Freud fue la sexualidad. Cuando se habla de Freud o se lo cita (aparte, por supuesto, de sus descubrimientos acerca de la represión, de la racionalización, de la interpretación de los símbolos), generalmente se habla solamente de la sexualidad, ante todo de la sexualidad infantil, como la raíz de toda patología. Pero no se habla de su hallazgo central, que fue el concepto dinámico de carácter, el que constituye la clave para la comprensión de las profundidades de la conducta humana.

Quizá ha contribuido a esto un mecanismo de represión, o si se quiere, un mecanismo de resistencia. Si se pregunta, caracterológicamente: ¿quién eres en realidad, cuáles son los verdaderos motivos de tu conducta; por qué cosas estás realmente motivado, a diferencia de lo que tú crees o pretendes creer, en contraposición a la imagen que tienes de ti mismo o que intentas proyectar?, se choca con el muy difícil problema personal. Entonces uno se revela, se descubre, y nadie quiere hacerlo. Y así todos prefieren no empezar con el asunto. Esto supone, naturalmente, una pérdida (Verlust) más enorme aún, pues la mayoría de los problemas, tanto de los individuos como de la sociedad, sólo se dejan comprender por el conocimiento del carácter.

En cuanto al problema del carácter, se trata ahora no sólo del carácter individual: ¿quién soy, quiénes son los otros?; sino que el problema más importante radica en lo que he designado como "carácter social".

¿Puede explicar un poco más el concepto de "carácter social"?

Antes que nada, se trata aquí del concepto de motivación del individuo. En esencia, el hombre se diferencia del animal en que su conducta casi no está determinada por los instintos. Si yo digo del animal, entonces debo añadir que cuanto más alta es la evolución del animal, hasta los primates, más débil es la determinación instintiva. En los primates (los chimpancés, por ejemplo), éste es ya muy pequeña; así, uno de los más significativos investigadores de la vida del chimpancé, Kortland, descubrió que los chimpancés son lerdos y algo indecisos, porque no reaccionan instintivamente con rapidez y decisión. Esto resulta muy comprensible, puesto que la determinación instintiva ha disminuido efectivamente en el chimpancé, en tanto que animal más desarrollado frente al ser humano. En este mismo, es extraordinariamente pequeña. Por cierto, existen algunas pulsiones instintivas, pero éstas están ya muy mezcladas con factores de aprendizaje y del medio circundante: el hambre, la sed, la necesidad de dormir, la agresión como agresión defensiva, hasta incluso un cierto grado de sexualidad, denominado amor maternal (Mutterliebe), aunque esto ya es bastante dudoso. Con esto sólo no se puede vivir. Un hombre impulsado sólo por esos motivos no sabe en

absoluto cómo sobrevivir en una sociedad. En este aspecto, el animal no tiene ningún problema, vive en armonía con el mundo, en tanto que está claramente adaptado al medio circundante, gracias a su instinto: se comporta de modo "racional", si por racional entendemos el "adecuado" mantenimiento de su estructura.

En este sentido, quisiera acentuar que los instintos son racionales y no, como se dice frecuentemente, irracionales. Los instintos son racionales, en el sentido de que guían a los seres humanos hacia lo que es "adecuado" y apropiado para su organismo como un todo. En contraposición a esto, ciertas pasiones (*Leidenschaften*) que se oponen a lo que es útil para el hombre y sirve a su conservación corporal y anímica, son irracionales.

Considerado de este modo, el ser humano sería el más desamparado de todos los animales, no sabría en absoluto qué hacer y cómo comportarse. Por consiguiente, necesita un sustituto para los instintos que faltan; en cierto modo necesita una "segunda naturaleza", algo que ocupe su lugar en las condiciones de vida dadas, sin tardar ni reflexionar para la acción. Esto se hace posible gracias al carácter. El carácter es el sustituto, el repuesto del instinto en condiciones humanas, en las que el instinto, como factor dado neurofisiológico y biológicamente, está sólo muy débilmente desarrollado todavía.

¿Cómo se desarrolla el carácter?

En el sentido histórico-biológico, el carácter de los seres humanos se desarrolla de tal manera que ellos quieren hacer, en una determinada sociedad, lo que deben hacer; en pocas palabras, ellos se ven impulsados por el carácter a pensar de un modo determinado, a comportarse de un modo determinado, a reaccionar de un modo determinado, de un modo necesario para la conservación, dentro de condiciones sociales dadas, de la sociedad como un todo y no sólo para la conservación de la especie. Por ejemplo, en una sociedad guerrera, el ser humano debe poseer un carácter belicoso y agresivo. Debe partir gustoso de campaña, disfrutar de luchas y muertes. Pero el mismo ser humano resultaría muy inadaptado en una sociedad de agricultores cooperativos, casi incapaz de sobrevivir, pues en semejante sociedad no hay sitio para dichas cualidades. Debe poseer un carácter que lo motive a cooperar, a mantener relaciones amistosas con los demás y a participar con ellos.

Tomemos a los hombres "modernos", a los hombres de la sociedad cibernética que yo he designado como "hombres-mercado" (*Marktmenschen*). Estos hombres se ven impulsados a someterse a una autoridad anónima, a hacer lo que la organización exige, a tener pocos sentimientos, a producir rendimiento, a desarrollar suficiente ambición para progresar, pero sólo en la medida que corresponda a las exigencias sociales. En cambio, para otros significa estar satisfechos con lo que tienen. Para definirlo formalmente: el carácter extrañado es el que corresponde a las exigencias de la sociedad moderna; y cada sociedad produce el carácter que necesita.

¿De qué modo sucede eso? ¿Cómo se explica que en una sociedad haya cabida para tantos caracteres? ¿Cómo alguien puede tener carácter amistoso en una sociedad agresiva y belicosa?

Una pregunta importante. Es correcto decir que en toda sociedad hay hombres que no tienen cabida en ella, por cuanto la sociedad sólo logra la adaptación de sus miembros en promedio. Cuando yo hablo aquí del carácter social como el necesario para la respectiva sociedad, no significa que la sociedad logre generar este carácter en todos los hombres. Existen siempre hombres que, debido a factores individuales o constitucionales, no corresponden con el carácter social de la sociedad. Esto tiene su causa, parcialmente, en factores de tipo negativo. Piénsese tan sólo en que, en ciertas condiciones sociales, existen hombres extremadamente destructivos y también incapaces de mantener cualquier tipo de relación humana. Es decir, hombres gravemente enfermos. Por otro lado, no habría desarrollo histórico alguno si no hubiera existido en cada sociedad hombres capaces de transformarla y actuar revolucionariamente, precisamente por el hecho de que no correspondían al carácter social.

¿Cómo se realiza este carácter?

Este hecho puede tener motivos individuales, resultantes de determinados acontecimientos familiares, jugar un papel los factores constitucionales; pero también puede estar socialmente motivado.

Tanemos un ejemplo: los líderes revolucionarios de 1917 eran en su mayoría hombres que procedían de la clase media o alta; pero, por motivos individuales —factores constitucionales o familiares— habían sobrepasado el típico carácter de su clase y por eso podían convertirse en líderes que querían transformar las circunstancias en un sentido discordante con el tradicional carácter social. Estas excepciones son enormemente importantes, porque representan mutaciones que hacen posibles las transformaciones sociales, si simultáneamente las condiciones generales, políticas y sociales, son favorables a semejante transformación. Si no es éste el caso, entonces estos hombres quedarán marginados, porque nadie les va a prestar atención. Sencillamente, pasarán por locos e incluso, a veces, terminarán en un perfecto aislamiento. Pero como ya dije, estos líderes constituyen excepciones; en general, el carácter social es producido por la necesidad (Notwendigkeit) de las necesidades (Bedürfnisse) de una sociedad.

Sin embargo, ahora no existe sólo "una sociedad..."

Este es un punto muy esencial. No existe "una sociedad", sólo existen sociedades específicas. En consecuencia, también existen sólo estructuras humanas específicas de energía. Desde el punto de vista de la sociedad, todas las instituciones llevan a cabo la educación: la escuela, la propaganda, los diarios; lo que genera siempre, entonces, ese carácter social. O, para expresarlo de otra manera, que constituyen una de las fuerzas productivas primarias. Debe transformarse esta energía en una energía específica, necesaria para sus fines sociales. De lo que se trata, en el carácter social, es de la transformación de la energía general en energía específica, necesaria para la sociedad dentro de un sistema social determinado.

¿Qué significación cultural y social para los hombres o la humanidad infiere usted de esta conclusión?

La significación radica en que el ser humano no es una hoja en blanco, en la cual la sociedad o la cultura escriben su texto. El hombre nació ya con ciertas necesidades inherentes a su existencia. Discutir acerca de qué necesidades se trata, nos llevaría demasiado lejos, yo escribí sobre esto en distintos libros. Sólo digo esto, quizás como un ejemplo de lo que pienso: el ser humano tiene que poseer un sistema de orientación y de entrega. Es decir que el hombre debe tener una imagen del mundo para orientarse. No interesa tanto que el cuadro sea correcto o falso; tampoco si hasta entonces tenía una imagen totalmente correcta (casos nunca tuvo una del todo falsa). De tal manera, como siempre, el ser humano parece necesitar la imagen, porque de otro modo no puede actuar en absoluto. Se trata de una precondition para la existencia humana, que no es sólo válida para el animal. El animal no tiene que escoger su camino, está predestinado a actuar del modo "correcto"; en este aspecto, no tiene problemas. Cuando yo decía recién que el ser humano necesita de un objeto de entrega, me refiero a la necesidad (Bedürfnis) del hombre de trascenderse como mera máquina de comer y amar. Puesto que aun cuando el ser humano dispusiera de todas las condiciones para la satisfacción material y sexual, todavía no sería feliz, ni siquiera estaría protegido de la locura. Tantos ejemplos abonan esto que podríamos hablar de ellos durante horas, los vemos todos los días. Vemos hombres, jóvenes, provenientes de prósperos hogares, que poseen todo lo que desean: muchachas, autos, etcétera. Y lo que ellos son —claro que no todos pero sí muchos— es: unos pobres e infelices tipos que no saben lo que pueden y deben hacer con sus vidas, que beben y se drogan, que corren de un placer a

otro. ¿Por qué causa? El materialismo fuera de moda diría: la satisfacción material es todo, todo depende de ella. Pero vamos aquí, precisamente, que no es así. Después de todo, nosotros somos una de las culturas más ricas, y probablemente, una de las más infelices, aunque la conciencia de la infelicidad sea reprimida.

¿Usted piensa en toda la humanidad?

Pienso en los hombres del mundo industrial occidental, en cuanto participan del gran consumo, y no en aquellos a quienes el auto les pasó de largo y permanecieron al margen. Pero volvamos al principio. El ser humano dispone de más y más bienes y posibilidades, pese a lo cual los hombres se tornan cada vez más insatisfechos, más destructivos. Por eso, el ser humano debe poseer un fin (a esto llamo yo evolución) que lo trascienda, entregarse a algo que lo libere de la prisión de su egocentricidad. Esto sólo puede ocurrir cuando el hombre se aplica a algo que está fuera de él y supera su egoísmo. Creo que la existencia de esta necesidad se puede demostrar con un rico material empírico.

El ser humano tiene necesidad de libertad. Ciertamente, el hombre puede ser inducido a todo, incluso a amar la esclavitud, pero con una condición: se vuelve terco, agresivo, estúpido y angustiado. Pues no se lo puede esclavizar y al mismo tiempo hacerlo alegre, feliz y no agresivo. Cuando se traspasa cierto umbral de la represión (**Unterdrückung**), el hombre se venga rebelándose o tornándose muy agresivo o inútil, o su vitalidad se extingue lentamente. La historia entera es, hasta ahora, un laboratorio, en el cual estos hechos pueden comprobarse.

Incluso antes de aparecer su libro **Anatomía de la destructividad humana**, escribí usted en un artículo: "Probablemente, la fuente más importante de la agresión y la furia destructora actuales hay que encontrarla en el carácter "aburrido"; en este sentido, el aburrimiento no es producido por circunstancias externas, por falta de estímulos por ejemplo, como en los experimentos que excluyen las percepciones sensitivas o como en la celda de aislamiento de una cárcel. Existe un factor subjetivo en el hombre mismo, una incapacidad de ocuparse de personas y cosas de su entorno". Y más adelante dice: "El aumento del aburrimiento es causado por las formas estructurales de nuestra moderna sociedad industrial". (E. Fromm: **Konrad Lorenz no tiene razón**, en **National-Zeitung** del 26-8-1972). Tal vez podría usted entrar en más detalles sobre ésta, según su propia expresión, "probablemente la más importante fuente de agresión actual", y asimismo explicar más de cerca las condiciones en que se desarrolla la destructividad. . .

No es sencillo, pues hay toda una lista de condiciones para la destructividad. Una consiste en que la vida pierda su sentido, en que el hombre ya no tiene esperanzas, en que siente que vive pero que la vida se le desvanece entre los dedos como arena. Nunca tiene alegría. Nunca posee algo en que se sienta confirmado como hombre. En

tanto que se siente impotente frente a su propia existencia, posee algo en común con el sádico. Finalmente, tiene un "Resentiment" contra la vida como dice Nietzsche. Odia la vida, porque vive sin haber vivido nunca, pues es conciente de lo que extraña. Odia la vida, porque no puede orientarla en otro sentido, en el sentido de la alegría de vivir, de la actitud cariñosa y comprensiva, en el sentido de la solidaridad, del interés en los hombres, de la alegría de crear.

Por último, hay que agregar otro factor muy esencial, que es tal vez el más importante y desempeña un gran papel: me refiero al hecho del aburrimiento. Vemos con toda claridad en Norteamérica —quizás también en Alemania— que los trabajadores se quejan en primer lugar no ya del más o menos reducido monto de sus ingresos, sino del aburrimiento asociado al trabajo moderno. Por eso, también uno de los principales problemas en las discusiones entre trabajadores y empresarios es la exigencia por parte de los primeros de reducir de cualquier modo este aburrimiento. Algunos empresarios empiezan ya a contrarrestar esta problemática, por ejemplo, volviendo a descentralizar el período de trabajo.

¿De dónde proviene este aburrimiento?

Proviene de que el ser humano se ha convertido en un mero instrumento, que no desarrolla ninguna iniciativa, no posee ninguna responsabilidad, y se siente como un minúsculo engranaje de una máquina, reemplazable por otro en cualquier momento. Así, el aburrimiento proviene de que el ser humano es un hombre totalmente extrañado, extrañado de sí, de los otros, del trabajo, quien está frente a un mundo sobre el que no tiene ya ningún tipo de control y cuyo interés por el mismo disminuye por este motivo, cada vez más. Esto no vale sólo para los trabajadores, sino también para los empleados, así como para la mayoría de los hombres, excepto aquellos que ejercen una profesión verdaderamente interesante, que les permite desarrollar y experimentar sus propias capacidades productivas. Muchas veces, es el caso de científicos, eruditos, médicos, e incluso altos ejecutivos que por estar en la cima de una empresa pueden producir algo verdaderamente creativo, aun cuando, al fin y al cabo, estén sometidos a las leyes de la maximización de las ganan-

cias. Ellos saben que, aunque tengan las ideas más hermosas, perderán su posición si la ganancia disminuye. En este sentido, tampoco el top-manager es libre. Sólo cuando está interesado en lo que crea —piénsese en el significado originario de "interés": estar dentro de, estar entre, es decir, estar relacionado con— el hombre es feliz, siente confirmada su propia fuerza esencial, puede expresarla, no está aislado, se siente en comunicación con el mundo y no impotente. Puede amar las cosas, su trabajo y los hombres. Pero si no es otra cosa que una minúscula pieza de una máquina, si no hace otra cosa que ejecutar órdenes cualesquiera —aun cuando sea bien pagado por eso, lo cual no cambia nada— si no posee ninguna verdadera responsabilidad, si no puede mostrar ningún interés porque no hay para él nada interesante que hacer —está ahora sentado ante una computadora o una cinta automática resulta en lo esencial indiferente— entonces se aburre.

El aburrimiento constituye una de las plagas más terribles que existen. Con frecuencia, los dolores son menos oprimientes que el aburrimiento. El hombre que lo sufre casi no lo puede soportar. ¿Qué hace entonces? Intenta compensar a través del consumo: da vueltas con el coche, bebe y emprende esto y aquello para "pasar" de alguna manera las dos, tres horas en que no está sometido a la empresa. Ciertamente ahorra tiempo con sus máquinas, pero cuando ha economizado tiempo no sabe qué hacer con él. Entonces se siente turbado y busca matar el tiempo ganado de modo decente. Nuestra industria de la diversión, nuestros partys y empleos del tiempo libre (Freizeitgestaltungen) no son, en su mayor parte, sino un intento de compensar, de una manera decorosa, el aburrimiento. Pero éste no se acaba. Si observamos más de cerca a los seres humanos, podemos comprobar que quienes recién en apariencia reían alegremente, están deprimidos y aburridos en el momento de volver a sus casas y se alegran de que haya terminado el día.

¿Qué consecuencias sociales se desprenden del incremento del aburrimiento, para nuestra sociedad?

Si se introdujera hoy, en lugar de las siete horas diarias, una jornada de dos horas, creo que entonces nuestros manicomios no darían abasto, ni de lejos, para alojar a todas las víctimas del aburrimiento.

El aburrido, quien no puede sentir nada positivo, posee sin embargo una posibilidad de experimentar intensidad: la destrucción. Cuando él destruye vida siente una sensación de superioridad sobre ella, se venga de ella porque no consiguió darle un sentido. Mientras se venga y destruye, se prueba a sí mismo que la vida no lo ha estafado.

Sobre esto existe ahora un vasto material clínico. Me remito aquí sólo a los numerosos casos en los Estados Unidos, donde frecuentemente muchachos de 17 y 18 años se dirigen a un hombre a quien no conocen y lo acuchillan. Luego explican: fue el gran momento de mi vida, pues comprobé en el rostro de ese hombre que yo sí puedo impresionar, que no soy una perfecta nada. He aquí una de las soluciones más radicales, por cuanto exige la negación de la vida misma y debe compensar, a través de la destrucción de la vida ajena, la propia negativa a estar verdaderamente vivo.

Me parece que actualmente, las tendencias destructivas crecen tan rápidamente porque el aburrimiento y la falta de sentido de la vida aumentan, porque los hombres se angustian más, porque no creen ni tienen esperanzas en el futuro. Y también porque se sienten estafados por las promesas, ideologías, partidos y religiones. En esta situación de sentirse estafados, muchos hombres ven una única satisfacción, a saber, destruir la vida para vengarse de ese modo en los estafadores y en sí mismos.